

Todas las mañanas me levanto un poco
tristón, y con una fatiga de enfermo.
(Es que me maltratas, pensamiento loco,
y llenas de absurdos las horas que duermo.)
El agua del baño me entona y alienta.
—¡Hay que vivir...!—pienso. Me visto de prisa,
oculto el huraño mal que me atormenta,
y esbozo en mi cara, gorda y macilenta,
la habitual sonrisa.
Salgo: soy un hombre vulgar y tranquilo,
un burgués amable, de costumbres sanas.
Ya sé que, buscando callejero asilo,
entre los portales del Prado, Cirilo
me sale al encuentro todas las mañanas.
Es un niño negro, de sangre ligera.
Diez años. Frescura. Candor. Picardía.
Un gorrión travieso de la primavera,
que tiene por alas, Hambre y Alegría;
y que, como un noble la espada guerrera,
pendiente del cinto luce la cartera
donde se amontona la prensa del día.

Gorra en la pasuda cabeza; vestido
harapiento y pulcro. Y en la actitud franca,
rasgos de un carácter fuerte y atrevido.
Y en el rostro chato, de ébano bruñado,
la húmeda sonrisa, muy roja y muy blanca.

Entre el río humano que, a veces, se estanca,
y por el que cruzan curiosos testigos,
nos sentamos juntos en la misma banca,
y charlamos como dos buenos amigos.
—Gusto de asomarme como a una cisterna,
para ver el fondo de agua pura, a estos
espíritus simples.—Tiene el alma tierna
el niño, y la pone, cual es, en la eterna
cháchara que animan expresivos gestos.

La pobre criatura vive en un lejano
solar, del que sale, no bien se ilumina
el Oriente, y corre, desde muy temprano,
la ciudad entera, poniendo la mano
como una bocina,
para que se oiga, de Obispo a Galiano,
su grito incansable de:—¡«Mundo»! «¡Marina!»
Tiene padre y madre y hermana y hermano;
a estos chiquitines, los cuida la abuela;
mendigan los padres; él da ayuda escasa,
y todos se juntan al volver a casa,
unos de la calle y otros de la escuela,

El hogar es centro de hábitos metódicos;
los viejos, imploran, rezan y bendicen;
los chicos, estudian, él vende periódicos,
y ya, con esfuerzo, sabe lo que dicen.
¡Qué cosas me cuenta del barrio y la gente!
¡Qué ingenua es la fábula de sus travesuras!
¡Y cómo describe, pintorescamente,
los mil y tres lances de sus aventuras!
Recorre la Habana, gritando y de un vuelo;
gana treinta kilos; *fajarse* es su halago;
ir adonde bailan *rumbas*, su desvelo...
¡Y qué hondo me mira siempre que le hago
mis impertinentes preguntas de abuelo!
Tiene fe en sí mismo, porque yo le escucho
decir: —«Ya están viejos mi padre y mi madre;
y quiero ser hombre para ganar mucho;
¡hay tantos que han sido como yo, compadre!»
Sentimiento, audacia, viveza, ternura;
¡qué alma tan hermosa germina en el niño!
El sol nimba y dora la cabeza obscura,
y yo veo cómo fulge la negrura,
y aquella negrura se me vuelve armiño!
¡Qué gran esperanza de vida futura!
¿Conque no se ha ido la Bondad del mundo
y anda entre las gentes? ¿Conque todavía
hay almas que sientan lo que yo sentía:
la piedad sublime, y el amor profundo?

¡Feliz tú que tienes un hogar tranquilo;
y un amor, y un beso, y un oculto asilo
en el que te esperan, por el que te afanas:
—Don Luis, hasta luego...

—Ve con Dios, Cirilo...

Le pago con unas monedas de a *kilo*,
y me quedo solo todas las mañanas...

Angulus ridet.

Un rinconcito de jardín humilde
y en él, un árbol de apretada copa;
—un roble añoso y lánguido que tenga
fresco el follaje y verdiazul la sombra.
Allí, un viejo sillón—claustral y cómodo
refugio de cansancios—donde todas
las mañanas me siente, y, en silencio,
repase de mi vida las memorias
como las cuentas de un rosario. Una
casa de muro enjabelgado y tosca
majestad; de interior austero y pobre,
sin resonancias (una pieza sola,
con un estante antiguo, una ancha mesa
y un blanco lecho; comedor y alcoba.)
Una docena de libracos míos,
camaradas de goces y de glorias,
que encendieron su lámpara divina
en la quieta penumbra de mis horas.
—Clásicos españoles: los Romances,
Fray Luis, San Juan, Lope de Vega, Góngora,
y Cervantes (Cervantes es mi guía;

Quevedo, no; Quevedo es otra cosa.
 En Miguel es la sátira, contenta;
 y en don Francisco la ironía, torva;
 pero Miguel y don Francisco tienen
 sutil ingenio y alma generosa).

El rincón de jardín, el roble,
 y la estancia y los libros, he aquí toda
 la ilusión que me queda: — ¡Qué fracaso,
 qué gran fracaso el de mi vida loca!
 En esa soledad sueño así como
 soñé, de niño, en la primera novia.
 El alma, avergonzadamente, pide
 el reposo después de la derrota.
 De cuando en cuando, una visión amable;
 de cuando en cuando, el ala de una estrofa;
 y algún bello crepúsculo y alguna
 primaveral emanación de rosas.
 Y paz. La paz de la vejez tranquila,
 la paz humilde, resignada y honda,
 que cura, lentamente, los dolores
 y que es como el principio de la otra...

Nuestras vidas son los ríos...

—
 A Eduardo Sánchez de Fuentes.

... Yo tenía una sola ilusión: era un manso pensamiento: el del río que ve próximo el mar y quisiera un instante convertirse en remanso y dormir a la sombra de algún viejo palmar.

Y decía mi alma: turbia voy y me canso de correr las llanuras y los diques saltar; ya pasó la tormenta; necesito descanso, ser azul como antes y, en voz baja, cantar.

Y tenía una sola ilusión, tan serena que curaba mis males y alegraba mi pena con el claro reflejo de una lumbre de hogar.

Y la vida me dijo: ¡Alma, ve turbia y sola, sin un lirio en la margen ni una estrella en la ola, a correr las llanuras y a perderte en el mar.

Y deo in alio: tanta est y meo
...
Y la vida es deo: tanta es y meo
...

A Dios en la vida eterna
...
Llama perenne.
...
...

LIBRERIA CONSIGNA

A oscuras, no. Yo siempre necesito
una luz, en el alma
que es, como una capilla por la noche:
misteriosa y cerrada.
No quiero que profanen
cínicamente el ara,
apetitos, placeres o deseos,
deleites viles o ilusiones bajas.
Nadie puede entrar ya; cerré la puerta
con dos vueltas de llave. Y en la santa
penumbra, mis recuerdos se arrodillan
frente a una imagen dolorosa y casta.

La vida bulle afuera. Algunas veces,
cruzan por el cristal de la ventana
—bordaduras efímeras de seda—
las sombras de los pájaros que pasan.
A veces, las tormentas de la vida,
rompiendo las vidrieras con sus ráfagas,

entran, y como alientos iracundos,
 la insomne luz de la capilla apagan.
 Pero mi corazón, que vela siempre,
 devoto de ideal y de esperanza,
 —¡«A obscuras, no!»—me dice.—Y, en silencio,
 vuelve a encender la lámpara.

Visión de abril.

Variaciones de mis viejos temas.

Ya nieva en mi vida;
ya el hielo mis flores quemó;
ya vienen las noches sin astros,
los días sin sol.
Ya es una viejita mi alma,
que se pasa el tiempo cerrando el balcón
para que no entren los aires de afuera
y se le exacerben el asma y la tos.
Pobre chimenea es ya mi memoria,
donde, entre cenizas, relumbra el fogón;
frente a ella, dormita la anciana
que se reconforta con ese calor.

Nadie cruza por este camino,
el viento que pasa no trae una voz;
todo es sombra, tristeza, silencio,
soledad, pavor.

De repente, un grito de pájaro suena,
y bajo el alero de mi corazón,

una golondrina sacude las alas
como si estuviese bañándola el sol.

Tras de la vidriera la anciana la mira,
y le dice:

«¡Torpe y última ilusión,
parece mentira
que aun vengas a este corazón!
Hace tiempo se fué la parlera
tropa alada; el jardín se secó.
¿Qué es lo que te espera,
pequeño fantasma de la primavera,
gentil pensamiento de amor?
Cae la neblina,
llora el viento; la luz, se apagó;
vete, peregrina,
celestial pensamiento de amor,
fugaz y divina
y última ilusión,
vete, golondrina,
vete, porque no
quedan nidos en esta ruina,
olvidada y triste de mi corazón...»

Nocturno.

BIBLIOTECA DE CONSIGNA

Dice bien el filósofo: —Estamos siempre juntos,
vivos, ausentes, muertos... ¡Qué gran consolación!
La inmaterial caricia de todos mis difuntos
con pálida aureola me ciñe el corazón.

Cuando en las noches siento las manos de fluído
que un halo azul extienden en torno de mi sién,
y escucho, desde lejos, llegar hasta mi oído
la voz apasionada que me repite: ¡Ven...!

Ya sé que son mis almas. —¡Son ellas—pienso—; ellas!
Y corro; y las ventanas abro de par en par...
¡Y qué amorosamente me miran las estrellas!
¡Y qué cosas me dice mi buen amigo el mar!

Julio, 1915.

que una el alma...
y en el alma...
la universal...
con faldas...

Cuando en las...
que en halo...
y cuando...
la voz...

Ya se des...
Y con...
Y que...
Y que...

que una el alma...
y en el alma...

Invitación sentimental.

que una el alma...
y en el alma...
la universal...
con faldas...

Ya se des...
Y con...
Y que...
Y que...

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

Amiga; entra en mi sombra si lo quieres;
encenderé la luz de un alborozo
para que cruces sin temor... Tú eres
mi último encanto y mi doliente gozo.

Te haré un himno de amor con un sollozo,
y en premio a las ternuras que me diste,
me limpiaré una lágrima radiante,
y te la prenderé como un diamante
sobre la frente fatigada y triste.

Ni impulso temas, ni delirio esperes;
cielo y mar, callan. Y en la noche sola
con pálido fulgor de estrella, hieres
la obscuridad insomne de la ola...
Tuyo es mi corazón. —Entra si quieres,

Septiembre 1, 1915.

Fraternidad.



—Estoy condenada a soledad perpetua.

¡Alma herida de muerte por el dolo y la zaña
del destino; hay un mundo de dolor en tu frase:
pena, tímida siempre, recelosa y huraña,
como gota de llanto que brilló en la pestaña
sin sentir el pañuelo que, al pasar, la enjugase!

Cual yo, tienes hastío de todo lo que existe;
y tu dolor escondes, cual si fuese un delito;
tú también estás sola, tú también estás triste,
y, ante el mundo, conviertes en sonrisa tu grito.

Corazón que apagaste del anhelo las llamas;
corazón habitado por la sombra y la duda;
corazón que no esperas, corazón que no amas,
y el cilicio te ciñes en la carne desnuda.

Ansiedad sin quimeras, inquietud sin objeto...
¡Quién lograra—¡oh, mi dulce compañera afligida!—
colocar en tus manos el divino amuleto
del amor, que devuelve la esperanza y la vida...!

¡Quién pudiera ofrendarte la caricia inocente
que revive en el pecho la ilusión buena y mansa;
reclinar tu cabeza, pensativa y doliente,
en la nube de un sueño y decirte: descansa!

Si la luz de mi angustia tu dolor aureola;
si en mi Otoño hay un árbol que te brinde su abrigo;
si mis lágrimas riegan tu marchita corola,
¡alma herida de muerte, mi destierro bendigo!

... Y te beso los ojos, y al besarlos, te digo:
Tú también estás triste, tú también estás sola!

Septiembre, 1915.

Vespertina.



En la playa obscura.

Y la miré partir. Fué un vivo
instante lleno de emoción.
Me quedé mudo y pensativo.
Era la última ilusión.

Lucía el mar todas sus galas:
nieve y cristal, oro y zafir.
Mi corazón cerró las alas
como ave ansiosa de dormir.

Drama de luz triste y augusto,
iba el ocaso a fenecer.
Mi alma sufría en el adusto
silencio del atardecer.

La onda azul, blanca la estela;
una florida embarcación,
y un horizonte y una vela...
¡Se fué, llorando, la ilusión!

Ni amor, ni ensueño, ni alegría.
 ¿Cómo vivir? ¿Cómo cantar
 abandonada poesía,
 si hasta el dolor nos va a dejar?..

La sombra inmensa se extendía,
 y me quedé mirando el mar...

Enero, 1916.

“Nessun maggior dolore...”

6 de enero.—Día de Reyes.

Hoy hace siete años que junto a mí decía
una mujer: —¡Te quiero!— Era rubia y gentil;
sus ojos, el crepúsculo de una melancolía;
sus labios, la corola de una flor en abril.

Con precisión recuerdo que aquel glorioso día
compuse, como en éxtasis, un madrigal sutil
en que la mariposa de un beso, perseguía
los giros de una mano de nácar y marfil.

¡Noche de Reyes, vida! Cual si yo fuera un niño,
dejaste en mi zapato la ofrenda de un cariño
que fué de mis pasiones el último esplendor.

Hoy dejas en mis pobres abarcas de viajero
la remembranza de una remota dicha..., pero
que, en la miseria, sólo me sirve de dolor.